

EL CRIMEN DE STALIN EN UCRANIA

El Senado italiano reconoció el Holodomor como genocidio

POLÍTICA

28_07_2023



**Stefano
Magni**



90 años después, el Parlamento italiano también votó a favor del reconocimiento del Holodomor como genocidio contra los ucranianos, cometido por Stalin entre 1932 y 1933. El Senado aprobó la moción con 130 votos a favor y 4 abstenciones (y todos los

demás ausentes). Las 4 abstenciones son senadores de “Verdi-Sinistra Italiana” y “Movimento 5 Stelle”.

Sobre el Holodomor (en ucraniano: “muerte por hambre”) se hizo un (verdadero) negacionismo por parte del régimen soviético y aún hoy el debate es difícil de afrontar. Es innegable que es un crimen masivo nacido de la ideología comunista. En 1928 Stalin impuso sus reformas económicas radicales tras introducir el primer Plan Quinquenal. La agricultura, que era el principal recurso para Ucrania, al igual que para el sur de Rusia, se consideraba un sector auxiliar de la industria. Alimentar a los trabajadores: esta iba a ser la tarea de los campesinos. Luego la grandeza de la URSS llegaría gracias al programa de industrialización. En los primeros años soviéticos, tras la guerra civil (que la había devastado, con una primera hambruna) Ucrania había obtenido cierta autonomía, al menos el permiso para utilizar su propia lengua y estudiar su propia cultura nacional. La década de 1920 fue una época de “ucranización”. Stalin, con su furia centralizadora, quiso destruir la identidad ucraniana que él mismo, como ex Ministro de la Nacionalidad, le había concedido. Ucrania era un enemigo nacional: con su identidad corría el riesgo de socavar la unidad de la URSS. También era un enemigo de clase, donde la Nueva Política Económica había hecho florecer más que en ningún otro lugar una clase de campesinos terratenientes emprendedores, los “kulaks”, como se les llamaba despectivamente.

La ira lúcida de Stalin cayó sobre los kulaks. Considerados enemigos de clase, las masas campesinas se incitaron contra ellos. Con juicios sumarios y linchamientos reales, todos fueron luego deportados a Siberia, Asia Central y el Círculo Polar. La campaña de “deskulakización” hizo desaparecer a casi 2 millones de ucranianos y fue devastante para la economía. En 1931, las autoridades soviéticas aceleraron la colectivización. Los rendimientos de la tierra se desplomaron. Las autoridades soviéticas, en lugar de “expertos” en agricultura, enviaron brigadas de *agit prop*. Las estaciones de tractores y maquinaria agrícola eran centros de propaganda más que proveedores de servicios para los agricultores. La colectivización fue una gran intoxicación ideológica y provocó el fin de una sociedad agrícola, en lo que siempre había sido el “granero de Europa”.

Pero el Kremlin nunca admitió ningún error, el modelo tenía que funcionar. Entonces, cuando las primeras estadísticas mostraron que las cosechas eran muy inferiores a las cuotas establecidas por el plan, Stalin reaccionó castigando a los campesinos en masa. Cualquiera era sospechoso de esconder grano. La policía política entró casa por casa, con varas de hierro con los que inspeccionaron (y destruyeron) las pobres chozas de madera de los campesinos, incautando hasta el último grano de trigo.

Los propios campesinos se quedaron sin nada. Nadie podía escapar. Se reintrodujo un sistema muy estricto de pasaportes internos. Nadie podía ni siquiera llegar a las ciudades. En tiempos de hambruna natural, las ciudades pasan hambre, los campesinos siempre tienen algo para comer. En una hambruna artificial, como la provocada por Stalin en Ucrania, el campo moría, las ciudades recibían suministros de las autoridades centrales, suficientes para alimentar a trabajadores y funcionarios. Cualquiera que intentaba entrar en las ciudades en busca de comida, era ahuyentado o arrestado, o golpeado y dejado morir. Los casos de canibalismo se multiplicaron. El hambre provocó una locura colectiva. Los testimonios de los sobrevivientes nos recuerdan a personas completamente transformadas, reducidas al hambre o a una condición de autómatas hambrientos, desesperados, dispuestos a todo. Toda Ucrania estaba llena de fosas comunes.

No existen números del Holodomor. Solo hay estimaciones demográficas que van de 3 a 7 millones de muertos. Lo más probable es de 4,5 millones de víctimas, en un solo año. Medio siglo después, una masacre similar en tamaño (aunque mucho mayor en proporción a la población) se verá solo en Camboya, otro régimen comunista que de un golpe colectivizó el campo.

En la carta de protesta enviada al gobierno italiano por la Embajada de Rusia, leemos los tres argumentos clásicos contra la definición de “genocidio”: la misma hambruna afectó no solo a Ucrania, sino también a Kazajistán y al sur de Rusia. No fue deliberado, sino el resultado de “errores de gestión de las administraciones regionales de las zonas agrícolas de la URSS”. Y, en fin, sucedió en “condiciones climáticas desfavorables de principios de la década de 1930”. La primera objeción no niega el carácter genocida del exterminio por inanición en Ucrania. La población ucraniana fue deliberadamente afectada y, contemporáneamente con la hambruna, también se desató una purga de todas las personalidades de la cultura nacional local, un proceso de “desucranización” violenta. En todo caso, son Kazajistán y los rusos de las regiones de Kuban y del Cáucaso Norte los que tendrían todo el derecho a reclamar la memoria de su genocidio, pero nadie puede negar que los ucranianos lo sufrieron. La dinámica de la hambruna demuestra que fue un acto deliberado. No solo no se envió ayuda, sino que se prohibió toda ayuda posible y se cerraron todas las vías de escape. Así que no fueron “errores de gestión”. Finalmente, las condiciones climáticas “desfavorables” no impidieron las cosechas en otros lugares, en la URSS y en el extranjero, sino que afectaron selectivamente solo las áreas agrícolas sujetas a la colectivización forzosa. Demasiado para ser una coincidencia.

No se habla mucho del Holodomor, porque, precisamente, el régimen estalinista llevó a cabo una campaña sistemática de negación en tiempo real. No solo cerró el acceso a las zonas afectadas por la hambruna, sino que llegó incluso a organizar giras de periodistas seleccionados en áreas donde se había creado un campo soviético completamente artificial: pueblos falsos, extras, un bienestar construido para mostrarse en el extranjero. Muchos cayeron en la trampa, un periodista en particular promovió la desinformación soviética: el británico (Premio Pulitzer) Walter Duranty. Todavía no está claro cuánto no sabía o cuánto fingía no saber. A un diplomático británico, luego de su correspondencia, le confesó que sabía que la población ucraniana había sufrido hasta 5 millones de muertos a consecuencia de la hambruna. Quien lo sabía era el cónsul italiano en Kharkov (ahora Kharkiv), Sergio Guadenigo; quien enviaba a Mussolini informes fieles y puntuales de lo que estaba pasando. Sin embargo, incluso la Italia fascista optó por no protestar, por no reaccionar, en un período en el que las relaciones con la URSS se habían relajado. El único periodista independiente que documentó fielmente el horror del Holodomor fue otro británico, Gareth Jones. Sin embargo, sus artículos no tuvieron seguimiento y fueron contestados por la comunidad periodística de su país. Jones murió solo dos años después, en 1935, en Manchuria. Se llevó a la tumba la impactante verdad que había visto en Ucrania. El 1933 fue el año del ascenso de Hitler en Alemania. Desde entonces, para la prensa internacional, no ha habido tema más importante. La poca atención que se prestó a lo que estaba sucediendo en la URSS se desvaneció de inmediato.

La votación en el Senado italiano puede considerarse un acto tardío, puede verse como un acto interesado para motivar la política exterior italiana sobre la guerra en Ucrania. Sin embargo, afirma una verdad que se ha negado durante demasiado tiempo.